

TRAYECTORIA ESTETICA DE FRANCISCO ZUERAS

AUN a trueque de lastimar su modestia, realzamos hoy nuestras páginas con el nombre de este joven artista cuyas obras tan inspiradas como jugosas disfrutan del aura popular, no menos que del favor crítico, siendo gala y ornato de los certámenes en que se exhibieron para regalo exquisito de la vista y pura delicia del goce estético.

Recluído largas horas en el ámbito, silente y luminoso, del estudio acogedor, el romántico espíritu del pintor es como la resultante del sentimiento sobre la razón alquitarada, aquélla, en lugar tan propicio al cultivo del alma, la personalidad y el refinamiento. Así lo evidencian óleos y acuarelas que, en profusión y variedad temática, cuelgan de las paredes no menos que la gama infinita de dibujos, bocetos y apuntes, lamentablemente olvidados en las profundidades tenebrosas de abultadas carpetas que yo registro, ávidamente, con vistas al lector.

Los rayos fulgurantes de un mediodía primaveral incendian hasta la incandescencia unos carteles soberbios de composición y de factura en los que Zueras clamoorea, a buen ritmo, la festera algarabía del Pilar y los Sanfermines, con pincelada amplia y desenvuelta, propicia al despliegue de tonalidades diversas. Aquél, muy original, nos ofrece unos tipos juveniles, reflejo exacto de la placidez campesina, apoyados en gráciles y aladas líneas que se destacan sobre el oscuro silueteado de las torres basilicales. Mientras que el segundo, más dinámico, evoca las febriles amanecidas de los encierros pamplonicas, con plástico modelado en las figuras, reforzando los volúmenes para que se destaquen más corpóreos. Consecuencia, en definitiva, de la personalidad artística del pintor, dotado de una tan fina intuición plástica que le lleva poco menos que al reencuentro ideal de aquellos parajes cuyos complejos típicos, bellezas naturales o riqueza monumental con anterioridad entreviera.

A nuestra llegada le sorprendemos afanosamente entregado al gozoso quehacer de dar los últimos toques a un vistoso retrato, que se destaca sobre su caballete. Representa en tamaño natural, de busto prolongado, a un torero cordobés en traje de brega, guinda y oro, pero abstraído y melancólico como un signo profético de su inmolación prematura. El rostro enjuto y de perfil un si es ascético de Manolete —que tal es aquél— resalta sobre un cielo apasionado y radioso de sombríos matices. La entonación cálida, la composición y la técnica tienen ciertas reminiscencias de Zuloaga, cuyos famosos retratos de Juan Belmonte y de Domingo Ortega evocamos. Y a nuestra curiosidad desbordante sobre esta manifestación temática de lo taurino, que desconocíamos, responde jovialmente diciéndonos cómo la fiesta nacional, aparte de su plasticidad abigarrada y barroca, es fuente inexhausta de inspiración artística en la gama infinita de graciosos escorzos y actitudes, bellísimas, que hombres y animales ofrecen. En fe de lo cual se refiere a las maravillosas estampas de Goya, Lucas, Unceta y el citado pintor eibarés, cuyos primores elogia con exaltación entrañable.

Nacido en Barbastro, desde muy niño sintió una inclinación incontenible al arte dibujando ingenuamente cuanto se le ponía delante, de acuerdo con las orientaciones de su padre, excelente pintor, decorador y paisajista. Posteriormente ha frecuentado el estudio de todas las manifestaciones artísticas, especialmente la pintura, y en ella el óleo, la mural y el dibujo, entablando relaciones con buenos artistas que le encauzaron adecuadamente.

Una de sus mayores pasiones ha sido y es la pintura mural, en la que realizó algunas obras de esta especialidad, como la decoración del amplio salón de sesiones del Ayuntamiento barbastrense, con abundante ornamentación y «panneaux» decorativo-mitológicos. Así como la capilla de Nuestra Señora del Carmen en la iglesia de las Escuelas Pías de la misma ciudad, completada con dos grandes lienzos laterales sobre pasajes de la vida de san Pompilio María Pirrotti. Aparte de esta labor ha pintado también en caballete, sintiendo inquietudes por casi todas las facetas de las artes plásticas, y ejecutando obras con destino a la exhibición, por encargo o para fines publicitarios, ilustraciones de libros y escenografía teatral.

Estima que el pintor debe tener una formación completa desde el punto de vista artístico, pues la especialización es casi siempre signo deficitario de competencia técnica. Es realista y procura poner en su obra sinceridad y emoción, con gran pasión por el color que trata de unir, en todo momento, a la completa concepción del tema. No desdeña, por ello, otras tendencias modernas que le parecen muy estimables, siempre que en ellas vea claridad emotiva y buena técnica. Esta última



Casa de los Argensolas en Barbastro
(Dibujo de FRANCISCO ZUERAS)

la considera esencial, máxime al corroborarla en sus dilatadas visitas al Museo del Prado, de donde ha sacado esta conclusión: «Opino que el camino de la pintura está en la continuación de los grandes maestros, añadiéndoles el latido de nuestro momento actual». Indudablemente Goya, El Greco y Velázquez—así enumerados—, por ser de la época esplendorosa de nuestra pintura, han concitado su admiración. En otro aspecto, Sorolla y Solana, entre los españoles, y Manet, de los impresionistas franceses. Palencia y Pancho Cossío son los actuales preferidos, y Picasso por lo que representa su labor en el movimiento artístico.

Como su base vocacional es la pintura mural, declara que admira profundamente a Piero della Francesca, por su total plasticismo. Y de los actuales, a los muralistas mejicanos, aunque considera lamentable la intención política de su pintura. Sabemos que Zueras ha trabajado intensamente en los últimos años, habiendo celebrado varias exposiciones. La primera de ellas fue en el Casino Mercantil de Zaragoza en 1943, donde concurreó en unión de Fernández Barrio, actualmente catedrático de la Escuela de Bellas Artes de Sevilla, y del excelente dibujante zaragozano Lalinde. En años sucesivos se presentó en la sala «Pahería» de Lérida, así como en Huesca, exponiendo temas humorístico-decorativos, y finalmente en la sala «Reyno» de Zaragoza.

Desde 1943 se inicia su participación en certámenes y exposiciones colectivas con obras diversas, obteniendo, entre otros, los siguientes premios: Diploma de Mérito en el concurso de Rincones Urbanos de Zaragoza, por su obra «Iglesia de San Miguel»; «David», estampa decorativa acuarelada mereció Medalla de Honor en el salón de Humoristas; Gran Medalla de Honor en el salón de Artistas Aragoneses de 1949, en cuyas exposiciones ha sido recompensado otros años con Medalla de Plata, y premio en Paisaje regional por su «Catedral de Barbastro»; Diploma de Honor en la III Exposición Provincial de Arte en Tarazona, por el boceto decorativo «Gitanos», y la acuarela «Frondosidad» se llevó el primer premio en el VI Concurso de Arte y Artesanía en Huesca.

Considera magníficas las Instituciones actuales en nuestra patria, por lo concerniente a la ayuda y orientación artísticas. Aparte de la dignificación en la faceta docente, son eficacísimos los otros medios que, para su formación, tiene el artista, como las becas, bolsas de viaje y los cursos que cada año se prodigan con mayor impulso. Todo lo cual, indudablemente, contribuirá al mayor esplendor del arte español contemporáneo que sigue, nos dice el joven pintor, en ruta creciente de progreso y superación.

Pero se nos va el tiempo, por desgracia, puesto que Zueras también inexorablemente apremiado por él, ha de acudir a su clase diaria

del Instituto Laboral «Hermanos Argensola», del que es profesor de la especialidad. Y salimos fuera, donde la retina goza también con el perfecto acorde de los verdes tiernos y el cielo turquesa que los dosela. Un suave estremecimiento de bronces, acompasados, vuela entre una bandada de golondrinas que se dejan caer desde los aleros, negruzcos, confundidos sus trinos con las señales horarias. Todo predispone al sosiego en este reencuentro de la dilecta ciudad cuna de los Horacios españoles que también, como aquella famosa de Cervantes, en *El Licenciado Vidriera*, «enhechiza la voluntad de volver a ella, a todos los que de la apacibilidad de su vivienda han gustado».

En la calle, antañona, adquieren nuestros pasos resonancia de siglos, y el diálogo, elemental, ecos de romance sincronizados con los pétreos blasones y las rejerías de forja, que prestan singular belleza a las casas hidalgas. De los viejos talleres de artesanía familiar, de las abacerías con tradición local dilatada asoman al exterior las más variadas muestras de unas actividades laborales, transidas de prestigio gremial: «trallas», «zurriagas», arneses y corambres de talabarteros y curtidores. Abarcas, peales, cinchas, «vencejos», sogas y «bastes». Mangos de aperos, cubiertos tallados en madera de boj por los pastores de Sevil y de Mascún. Toda una artesanía primitiva que inunda el ambiente de aquel aroma, indefinible, tan grato al mironiano caballero Sigüenza: «Olor honrado, sencillo, que le regala y suaviza el alma». Caminamos silenciosos, embebecidos, como dejando vagar la imaginación hacia un ayer legendario y cáballeresco, más todavía con latidos de pervivencia en los evocadores nombres de calles y plazas... La Seo, San Ramón, de la Virgeneta, Doña Germana y Capuchinos; Oncinellas, Romero, Caballeros y La Encomienda, nostálgicas de tradición y sabor locales.

Caminando, Francisco Zuera nos cuenta una chistosa anécdota. Sabido es su carácter serio, de expresión melancólica que completa una mirada algo tristonía. Al ser galardonado en el Salón de Humoristas Aragoneses, después de recibir la Medalla de Honor, le presentaron a un matrimonio aficionado, según decían, «a estas cosas de arte». No sé —nos indica— el concepto que la señora tendría de los dibujantes que hacen humor, pero lo cierto es que a guisa de comentario íntimo, cuando me despedía, pude oírle dirigiéndose a su marido: —«¡Chico! ¡Qué serrote y aburrido me resulta este joven para un primer premio de humoristas!» Por lo visto, tenía una impresión pintoresca del humorista plástico, al que identificaba con el escénico. Siempre pensé que aquella dama esperaba verme pasar a recoger el premio con la cara pintada «a lo Ramper» y haciendo cabriolas.

Reimos con el perfil gracioso de la efemérides, no exenta de cierto sentido humorístico «incongruente y ramoniano», cuando llegamos al

remate inaplazable, de tan gozosa entrevista. La imponente mole de la mansión de los Argensola se nos ofrece, al exterior, con la severa pátina del tiempo y la gracia de su estilo. Sublimado en el cobijo entrañable de las entidades culturales que, merced a la intuición luminosa de sus regidores municipales, desenvuelven una inteligente política de misión espiritual, revitalizando la vieja solera humanística de la ciudad.

Sube de las mieses en sazón y de las tierras maduras, del sosiego campesino remansado en el véspero, una bruma sutil que inunda el alma de suaves melancolías. Y en el aire, pausadamente, se va deshaciendo la tarde mientras que las sombras escalan los montes matizando, de un violeta cálido, sus nostálgicas lejanías.

SALVADOR MARÍA DE AYERBE